

AGROECOLOGÍA PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Tierra, semillas y territorios libres de violencias



ACCIÓN POR LA BIODIVERSIDAD



Editado por Acción por la Biodiversidad

Contacto: info@biodiversidadla.org

Ilustraciones:

María Chevalier (dibujoschevalier@gmail.com)

Edición y corrección:

Nicolás Esperante (nicolasesperante@gmail.com)

Diseño y diagramación:

Sebastián D'Amen (sebastian_damen@hotmail.com)

Impresión:

Altuna Impresores (altunaimpresores@altunaimpresores.com.ar)

Agradecemos el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo con Fondos del Ministerio Federal de la Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ)

Agosto 2020 - Provincia de Buenos, Argentina

AGROECOLOGÍA PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Tierra, semillas y territorios libres de violencias

La crisis alimentaria a nivel mundial cobra mayor vigencia cada día. Por un lado, la calidad de los alimentos preocupa a quienes pueden acceder a ellos; por otro, es cada vez mayor la cantidad de gente que no accede a una alimentación saludable. Los dos aspectos de este conflicto comparten una misma raíz: un sistema agroalimentario industrial que se ha desviado del objetivo de alimentar a los pueblos, para convertirse en un multimillonario negocio que está destruyendo el planeta y la salud de las personas.

Como respuesta a la crisis generada por el agronegocio surge, en la década de 1980, la agroecología: una propuesta para resolver integralmente las problemáticas que el propio agronegocio genera. Hoy, sin embargo, el modelo agroindustrial (inmerso en una inevitable crisis) pretende reinventarse buscando una imagen que lo desligue de los crímenes que, desde hace décadas, viene perpetrando contra la naturaleza y los seres humanos.

Agroecología es hoy, entonces, un término en disputa.

“Agroecología no es solo una forma de producción sin químicos, es un montón de cosas más. Es una forma de vida. Es estar vinculado con el lugar donde uno está, en el lugar de producción y además en el lugar de venta. Para todo lo que producimos acá, el principal lugar de venta es la misma comunidad. No nos ponemos como objetivo la venta de productos orgánicos hacia otros lados, sino que queremos que se aprovechen estos alimentos en nuestra zona. Creemos en pertenecer a un grupo, creemos en el trabajo en red y en las relaciones. No nos interesa estar produciendo en el campo y desvincularnos de lo que pasa después con nuestros alimentos, ni tendría sentido producir sin agrotóxicos para que ese alimento sea destinado a la clase social que más poder adquisitivo tiene, ni trasladarlo lejos de donde estamos. En la agroecología está presente lo productivo, pero también lo ambiental, lo social, lo cultural, lo económico, el acceso a la tierra y tener una mirada colectiva”.

Andrea Tortorolo y Gabriel Arisnabarreta, de Chacra La Bonita, Saladillo, provincia de Buenos Aires - Argentina.

1
02

Desde las organizaciones campesinas, de productoxs, socioambientales y medios de comunicación alternativos proponemos una agroecología de base campesina, heredera de 10.000 años de agricultura, que tiene como objetivo principal la Soberanía Alimentaria de nuestros pueblos. Cuando hablamos de agroecología de base campesina, creemos esencial tener en cuenta dimensiones sociales, políticas y medioambientales, y no solo las técnicas o prácticas agronómicas para producir alimentos. Eliminar el uso de agrotóxicos es central para tener una alimentación sana, pero hay muchos otros aspectos importantes a tener en cuenta. No podemos, por ejemplo, pensar en la producción de alimentos sin cuestionar profundamente las condiciones en las que se producen, y sin reconocer y visibilizar los saberes que hace años forman parte de los sistemas productivos.

Una agroecología de base campesina debe construirse a partir de la lucha por el territorio en manos de los pueblos, con circuitos de comercialización locales y de intercambio justo, donde las relaciones no prioricen el negocio, sino la solidaridad, la defensa de los bienes comunes, la biodiversidad y la construcción de relaciones más justas y espacios libres de violencias.

¿Por qué decimos que el concepto de agroecología está en disputa? Porque, desde hace algunos años, las corporaciones y los Estados se están apropiando de la palabra agroecología, otorgándole un sentido muy distinto. Plantean, sí, la eliminación del uso de agrotóxicos en la producción; pero no cuestionan el resto de sus prácticas que son igual de dañinas, como el uso de maquinaria pesada, la concentración de la tierra, el control



corporativo de las semillas, las plantaciones de monocultivos o las relaciones desiguales entre lxs trabajadorxs rurales. De esta manera se pretende quitar a la agroecología sus múltiples dimensiones, para reducirla a una técnica uniforme y estandarizada que no cambie la esencia del modelo agrícola dominante. Es importante resaltar que la agroecología, para estos sectores, es entendida sólo como un negocio y no como una forma de alimentar a los pueblos.

A través de este segundo cuadernillo nos proponemos pensar disparadores que contribuyan a fomentar y enriquecer el debate colectivo. Para esto, nos enfocamos en tres ejes que consideramos esenciales a la hora de pensar una agroecología de base campesina: la construcción, desde las bases, de un feminismo campesino acorde a las realidades y necesidades de los territorios y sus habitantes; el rescate y la difusión de los conocimientos ancestrales que permitieron preservar y reproducir las semillas nativas y criollas durante generaciones; el reclamo por el acceso a la tierra por parte de lxs campesinxs que la trabajan, con la Reforma Agraria Integral como única forma de lograrlo.

—
04



CONSTRUCCIÓN DE UN FEMINISMO CAMPESINO

Cada uno de los alimentos que llega a nuestra mesa está producido y sostenido por una trama de relaciones sociales. Muchas veces, estas relaciones están cargadas de violencia y opresiones. La agroecología que queremos apunta a construir vínculos más justos, más solidarios, más cooperativos, para que todos los ámbitos de producción y reproducción de la vida sean sostenibles y saludables. Pensar este tipo de relaciones nos lleva, necesariamente, a pensar en las opresiones instauradas por el sistema patriarcal; sistema del que también forman parte los ámbitos rurales.

La realidad de las mujeres está atravesada por múltiples violencias, de índoles física, económica y simbólica. Ante estas situaciones, el diálogo y la escucha entre compañeras comenzó a crecer y a naturalizarse, generando debates y fomentando la organización como forma de enfrentar estas violencias en forma conjunta. Así, fue quedando en evidencia que lo que le pasa a una es parte de un relato colectivo que da cuenta de un problema estructural, y no solo de experiencias individuales.

“Nosotras empezamos trabajando el eje de violencia pero después empezamos a trabajar otras cuestiones. Nos fuimos dando cuenta de que la violencia doméstica es producto también de un sistema económico, que

la agricultura aplica la misma violencia que se ejerce sobre nosotras, sobre nuestros cuerpos. La agricultura del agronegocio, la agricultura basada en los agrotóxicos, ejerce esa misma violencia sobre la naturaleza y empezamos a identificarlo en el sistema de producción de alimentos, desde lo más cotidiano y lo más llano [...] Nosotras veíamos que el modelo de producción nos envenenaba, pero éramos una voz marginada, si bien trabajamos siempre en las quintas [...] Las mujeres trabajadoras de la tierra somos mano de obra fundamental en las quintas y sin embargo, la mayoría de las veces, somos marginadas de la decisión de cómo producir”.

Rosalía Pellegrini, referente de la Secretaría de Género de la UTT - Argentina.

La doble carga de tareas que representan el trabajo productivo y el sostenimiento de las tareas de cuidado, sumada a la desvalorización de los saberes en torno a la salud, al uso de plantas medicinales y al manejo de cultivos que históricamente han realizado, son aspectos que forman parte de un sistema que subordina a las mujeres, y que se expresa de forma violenta. Afortunadamente, esta forma de opresión está siendo cada vez más cuestionada y, poco a poco, reemplazada por nuevas configuraciones.

Teniendo en cuenta este panorama, destacamos el rol de las mujeres rurales, quienes, históricamente, han cuidado y compartido las semillas, los saberes de plantas medicinales, el suelo y la salud a la vez que, paradójicamente, son quienes menos



participación tienen a la hora de decidir qué producir, cómo producir y cómo administrar los ingresos que reciben por sus producciones. Cuando decimos que la agroecología no puede pensarse de manera aislada, damos cuenta también de este proceso de visibilización de las desigualdades sufridas por las mujeres rurales. Hablamos de la urgencia de la plena conquista de derechos, en defensa de su autonomía, de la biodiversidad y, en definitiva, de sus saberes.

Es necesario un cambio de paradigma en las relaciones, y con ello también el cambio en la forma de producir alimentos, cargada de violencia y dominación hacia las mujeres y diversidades sexuales. Sin lugar a dudas, el feminismo campesino y popular es una respuesta colectiva a estas problemáticas.

“Cuando estamos hablando de feminismo, al igual que cuando hablamos de soberanía alimentaria, nosotras hablamos de derechos: de los derechos de las mujeres, de los derechos de la madre tierra, de los derechos de campesinas y campesinos. Entonces ¿cómo hacemos una mixtura, desde nuestros derechos, que nos de un marco frente a la sociedad a la que aspiramos?”.

Francisca “Pancha” Rodríguez, de ANAMURI - Chile.



SEMILLAS NATIVAS Y CRIOLLAS

“Si hoy la tierra es uno de los puntos fundamentales para poder producir, las semillas vienen inmediatamente después. Sin semillas no tenemos cómo discutir un nuevo modelo de agricultura. Ahí los conocimientos técnicos y científicos junto a las prácticas agrícolas campesinas son fundamentales. La defensa de las semillas criollas junto a la lucha contra los transgénicos fueron centrales para el MPA desde el inicio”.

Gilberto Schneider del Movimiento de Pequeños Agricultores (MPA) - Brasil.

—
08



Nuestra historia como pueblos está, en gran parte, relacionada al camino de las semillas agrícolas, que vienen siendo seleccionadas, mejoradas, conservadas e intercambiadas por las mujeres desde hace más de 10.000 años. Alrededor de las semillas se construyeron comunidades, mercados y, más tarde, ciudades. Decimos que ellas son la base de nuestra alimentación y, por eso, quien controla la semilla controla toda la cadena de producción y comercialización de alimentos.

A partir de la instauración de la agricultura industrial, las semillas nativas y criollas y sus saberes están en peligro. Tras la denominada Revolución Verde -impuesta por el agronegocio en la década de 1960- se fueron creando mecanismos para que las familias agricultoras dependan de las semillas corporativas, bajo el discurso que anunciaba que no era posible alimentar al mundo sin semillas híbridas o, como las publicitaban, “mejoradas”. Luego, se las modificó genéticamente para ser “más productivas”, tóxicas a los insectos, y resistentes a los agrotóxicos; lo que permitió a las empresas adueñarse de las semillas por medio de los derechos de propiedad intelectual, ya sea a través de leyes de semillas o de su patentamiento.

Cuando decimos que quien controla la semilla controla toda la cadena de producción de alimentos, hacemos referencia a que, al convertir la semilla en un eslabón productivo, las corporaciones definen qué se produce y cómo se produce en cada región, determinando qué alimentos llevamos a nuestras mesas y a qué precio, desconociendo -además- las prácticas que los pueblos realizan y realizaron a lo largo de su historia.



La construcción de una agroecología de base campesina requiere que las semillas agrícolas mantengan su camino de la mano de quienes históricamente las crearon, cuidaron y multiplicaron. Para ello es necesario, en primer lugar, que se eliminen todos los obstáculos que impiden su libre circulación, cultivo y multiplicación. Pero también es fundamental que se recupere su valor simbólico, político y cultural, como “corazón de la Soberanía Alimentaria”.

Las semillas son patrimonio de los pueblos y, por lo tanto, no pueden pensarse como mercancías. Necesitan del cuidado de lxs agricultorxs, que son quienes las defienden y quienes, al compartirlas y sembrarlas, las mantienen vivas. Este cuidado es una de las estrategias más antiguas de la humanidad; por eso, las semillas sólo pueden ser libres en tanto y en cuanto los pueblos y comunidades que las defienden y mantienen puedan gozar de los bienes que las semillas nos brindan.

10



“Nosotros creemos que las semillas son una creación colectiva que tiene que ver con la historia de los pueblos, especialmente de las mujeres. Las semillas que tenemos hoy son herencias, son un legado que nos han dejado las comunidades indígenas, campesinas y agricultoras, producto de un largo proceso de domesticación. Millones de guardianas de semillas a lo largo de miles de años crearon la diversidad de alimentos que consumimos. Esto parece tan obvio, pero en general, en la sociedad, las semillas están bastante ocultas. Es una de las dimensiones ocultas de este capitalismo que hoy se construye y que tanto daño hace a la naturaleza y a los pueblos. Nosotros, los que vivenciamos esa relación que establecimos con la semilla, con la tierra, con el viento, con la lluvia, sabemos que esa semilla tiene incorporados todos esos elementos de la naturaleza junto con conocimientos, afectos, visiones, formas de vida que se ligan con el ámbito de lo sagrado”.

Alicia González, del Centro Ecuménico de Educación Popular (CEDEPO) - Argentina.

ACCESO A LA TIERRA

“Vamos recuperando los saberes campesinos, las costumbres campesinas, la cultura campesina y proponiéndolo sobre todo a la juventud [...] Esa agroecología que nosotros queremos es algo muy amplio. No sólo es un cuadrito con producción, sino que tiene que ver con todo lo cultural, con todos nuestros principios y con poder tener políticas públicas. La cuestión comunitaria en la agroecología es central”.

José Cuellar, coordinador de la Escuela de Agroecología del Movimiento Campesino de Santiago del Estero - Argentina.

—
12



Pensar la producción de alimentos exige, necesariamente, pensar el acceso a la tierra. Los datos del último censo agropecuario (2018) en Argentina, señalan que el 1% de las explotaciones agropecuarias controla el 36,4% de la tierra, mientras que el 55% de lxs pequeñxs productorxs (con menos de 100 hectáreas) cuentan con solo el 2,2% de la tierra.

Estas cifras muestran claramente la continuidad y profundización de un proceso histórico de concentración de la tierra y desplazamiento de población rural que ha ido “vaciando el campo” y permitiendo que grandes terratenientes (argentinos o extranjeros) se apropien de la mayor parte del territorio. Estos datos dan cuenta de la situación -cargada de violencia y despojo- que sufren quienes viven y producen en el campo, con la amenaza, a la orden del día, de ser desplazadxs de sus territorios.

Las familias que cada día trabajan la tierra produciendo los alimentos que consumimos deben pagar alquileres excesivos y habitar espacios en condiciones precarias, muchas veces siendo expuestas al envenenamiento por agrotóxicos aplicados en terrenos linderos. Su condición de arrendatarixs, para colmo, conlleva la imposibilidad de construir una vivienda digna. Por otro lado las personas que habitan territorios rurales desde hace décadas, pero no poseen los títulos de propiedad de sus tierras están expuestas constantemente a desalojos violentos. En ese sentido, las familias organizadas, lxs pequeñxs productorxs, el movimiento campesino e indígena reclaman una Reforma Agraria Integral para la soberanía alimentaria.



“Planteamos el cambio del modelo productivo: salir del envenenamiento con agrotóxicos para pasar a la producción sobre la base de la agroecología. Pero no hay soberanía alimentaria sin acceso a la tierra, que se simboliza en la bandera de la Reforma Agraria Integral”.

Miryam Gorban, referente de la Cátedra Libre de Soberanía Alimentaria de la Facultad de Medicina de la UBA.

Para que exista un verdadero acceso a la tierra -condición necesaria para la producción agroecológica y para la construcción de soberanía alimentaria- es necesario iniciar un proceso de Reforma Agraria Integral, entendida en el sentido amplio en que lo plantea La Vía Campesina: dando cuenta de las relaciones que se dan en el territorio para acceder a condiciones de vida digna en el campo. En este sentido, la reforma que se propone debe tener en cuenta las necesidades de los pueblos, sus formas culturales y su organización.

“El trabajo de la soberanía alimentaria como dimensión política es esencial en la agroecología, lo mismo que la Reforma Agraria. Sin tierra tenemos que luchar por la Reforma Agraria, y sin agroecología no podemos concebir la producción de alimentos sanos y para el pueblo”.

Marta Greco, coordinadora de la Escuela Campesina de Agroecología (UST-MNCI Somos Tierra) - Argentina.

14



Como cierre a este material (y dejando abiertos los debates) compartimos la firme idea de que, desde las organizaciones, tenemos que defender a la agroecología de base campesina, aquella que retoma la agricultura que practican los pueblos desde hace miles de años. Lxs invitamos a apropiarnos de esa agroecología, y a ligarla a la lucha de lxs que producen alimentos en nuestro país, con el objetivo de seguir pensando en la recuperación de saberes, en la vuelta al campo, en la comercialización a través de mercados locales, en las juventudes. ¡Porque no puede haber agroecología si no hay vida digna, y sin territorio en manos de los pueblos!

“Podemos decir que el presente nos encuentra organizadxs, con semilla en la mano, con compañeras empoderadas, brotando y rebrotando por todos lados, despacito pero sin pausa, listxs para avanzar sobre los periurbanos de nuestros pueblos, con un agronegocio al que cada vez le cuesta más esconder el saqueo y el envenenamiento. Porque somos parte de cientos de voces y corazones que defienden la Madretierra, y que están sosteniendo sus procesos en sus territorios. Porque el desvío a la raíz es inminente. Así nos enseñaron nuestras papay (abuelitas) en un Wiñoy Tripantu, cuando la Madretierra vuelve a comenzar el ciclo vital de la vida”.

Jeremías Chauque, de Desvío a la Raíz - Argentina.



• Las citas textuales de este cuadernillo pertenecen a entrevistas de la serie #QuéAgroecologíaNecesitamos, que recoge experiencias de productoxs, organizaciones campesinas y socioambientales, y medios de comunicación alternativos. Las entrevistas forman parte del cuadernillo “Construyendo una agroecología para alimentar a los pueblos” que está disponible en www.biodiversidadla.org





**BIODIVERSIDAD EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE:
WWW.BIODIVERSIDADLA.ORG**

Acción por la Biodiversidad, organización no gubernamental argentina, forma parte de la Alianza Biodiversidad, que produce Biodiversidad en América Latina y el Caribe: www.biodiversidadla.org y edita colectivamente la revista trimestral Biodiversidad, sustento y culturas.



@biodiversidadla



@biodiversidadla



@biodiversidadla

“La agroecología va a ir creciendo, sin dudas. Tenemos que definir qué agroecología queremos, para qué y para quiénes. Para alimentar a los pueblos y no a los negocios. Y para eso tiene que haber acceso a la tierra y desarrollo local. Lo bueno, y es algo que también se ve en los encuentros, es que esto no termina acá. No hay un par de referentes y ‘se terminó’. Todo el tiempo se está construyendo desde abajo: desde las facultades y desde los pueblos. Hay cada vez más chicos y chicas que se interiorizan y participan. Desde el punto de vista ecológico y ambiental no somos la misma sociedad que hace veinte años. Por eso, y sin desmerecer lo que tenemos enfrente, creemos que el futuro viene bien”.

Andrea Tortorolo y Gabriel Arisnabarreta, de Chacra La Bonita, Saladillo, provincia de Buenos Aires - Argentina.



CON APOYO DE



**FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO**